

María Madre de Dios-II Domingo de Navidad

Juan 1, 1-18; Eclesiástico 24, 1-4. 12-16; Efesios 1, 3-6. 15-18

«En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió»

4 Enero 2015 P. Carlos Padilla Esteban

«Sueño con que ese amor de Jesús me haga capaz de amar. De sentir como Él sentía. Capaz de llorar y reír, de quedarme y partir. De estar atento al dolor ajeno. Preparado para perder la vida. Sin seguros»

Corremos el riesgo de acostumbrarnos demasiado a nuestra vida y no ser audaces nunca. Siento a veces que me puedo convertir fácilmente en un burócrata, perder el sentido de la vida, dejar de valorar lo verdaderamente importante, quedarme prendido en lo accesorio. Necesito recordar dónde tiene que estar el corazón anclado, enraizado. Lo que me debe importar y lo que no debe alterar mi estado de ánimo. Corro el riesgo de perderme en elucubraciones mentales lejanas a la vida y dejar de auscultar a Dios en el corazón de las personas. Allí donde está Cristo herido, caminando entre los hombres. Tengo miedo de atarme al año que pasa, coleccionando recuerdos, construyendo la eternidad a base de calendarios. Pero sé que la vida es eso. Vivir el hoy como si fuera ya el cielo. Anhelar el mañana confiando que no vamos solos. Sin perder nunca la conciencia de que estoy sembrando para Dios. Le llevo a Él. O Él me lleva. El Papa nos invitaba hace poco a visitar los cementerios para ver toda esa gente que un día pensó que era inmortal. Pero no lo fueron. Esta vida es caduca. Al mirar las tumbas nos damos cuenta de lo importante, asumimos que estamos de paso por estos caminos. A veces yo mismo me olvido de la caducidad. Me centro en mí mismo, en mis planes. Me ato a mi presente como si fuera un seguro. Pero el presente sólo es presente, no es eterno. No dura siempre. Las cosas cambian. Todo pasa. Las cosas malas y las buenas. Y la vida, como algunos dicen, da muchas vueltas. Y esas vueltas en ocasiones tan temidas, en realidad, no son tan malas. Nos colocan en nuestro sitio. Nos permiten darnos cuenta de lo que nos importa de verdad. De lo que realmente vale la pena. Por eso, al acabar un nuevo año, besamos de rodillas la historia transcurrida. Porque es historia santa, sagrada, bendecida por Dios, tocada por sus pies. El tiempo que pasa va haciéndonos. No necesariamente más viejos. No más caducos. Nos va haciendo mejores o peores, más de Dios o más del mundo. Todo suma o resta, cuenta o no cuenta. Por eso es bonito mirar y ver qué ha pasado a lo largo de estos meses. ¿Qué hemos vivido en el corazón? ¿Qué nos ha sucedido a lo largo de este año jubilar, año de gracias? ¿Qué ha pasado en mi vida, en mi familia de Schoenstatt? ¿En qué hemos crecido? ¿Qué desafíos nuevos han surgido? La vida se compone de actos, pensamientos, palabras, emociones. Se compone de la sangre que entregamos al dar la vida. Del amor que ha crecido o ha menguado a cada paso. Se compone de abrazos, de encuentros, de silencios, de respeto. Lo sabemos, quien siembra vientos, cosecha tempestades. Quien siembra amor, cosecha vida y esperanza. Quien se niega a sí mismo es capaz de sembrar paz con humildad. ¡Qué difícil ser humildes, tierra y polvo! ¿Qué siembro yo? No sé bien cuál es la semilla que llevo en mis manos. A veces creo que omito más de lo que hago. Que hablo más de lo que callo. Que evito hacer más de lo que quisiera amar. No lo sé. Acaba un año. Días completos. Meses. Y el alma se siente incompleta. Me doy cuenta de la finitud de mis gestos. De la torpeza de mi deseo de ser eterno. Abrazo los días pretendiendo retenerlos un instante más, un minuto, que duren. Se escapan. Un año completo. Y yo sigo incompleto. Algo le falta a la vida. Me gusta vivir así. Buscando, anhelando, soñando. Incompleto. Bebiendo del río de la vida. Sumergiéndome en el mar de las misericordias de Dios. **Porque en Él un año vale lo que mil años. En él todo el tiempo se hace eterno.**

Acaba el año. Comienza otro año. ¿Qué sueño? ¿Qué espero? El aire se calma a mi alrededor cuando miro a Jesús en su Belén. Acurrucado. Dormido. Niño confiado. Risas y llantos. Como todos los niños. Yo también deseo confiar y esperar como un niño. Una de las enfermedades que destacaba el Papa Francisco era la enfermedad de la 'fosilización' mental y espiritual: *«Aquellos que, en el camino, pierden la serenidad interior, la vivacidad y la audacia y se esconden bajo los papeles convirtiéndose en 'máquinas de prácticas' y no 'hombres de Dios'. Es peligroso perder la sensibilidad humana necesaria para llorar con quienes lloran y alegrarse con aquellos que se alegran. Es la enfermedad de quienes pierden 'los sentimientos de Jesús' porque su corazón, con el pasar del tiempo, se endurece y se convierte en incapaz de amar*

incondicionadamente al Padre y al prójimo. Ser cristiano, de hecho, significa ‘tener los mismos sentimientos que fueron de Jesucristo’, sentimientos de humildad y de donación, de desapego y de generosidad». Me gustaría sentir como siente Jesús. Lo miro en su cuna. Su misma sensibilidad, su mismo espíritu, su capacidad para dar la vida. Me gustaría no dejar nunca de ser tan humano. Me gustaría mirar con sus ojos. Sí, me gustaría sentir como Él sentía. Conmoverme con sus lágrimas. Perdonar con sus palabras. Me gustaría hablar con su voz y reír con su risa. Lo miro ahora desvalido y tiemblo. Aún no habla y ya es palabra. Aún no anda y ya es camino. Acaba un año más, se abre un nuevo tiempo. Y mis sentimientos no son los de Jesús. Estoy tan lejos de conmoverme ante toda vida humana. Me arrodillo ante su cuna y digo como esa persona que rezaba: *«Ahora te miro ya tan cerca, tan pequeño, tan necesitado. Me conmueve pensar en todo lo que tienes que aprender todavía. En todo lo que falta para ese día de la cruz. Ahora sólo lloras, ríes, duermes, sueñas. Y yo te miro. Aquellos pastores te vieron nacer. Pero luego no pudieron seguir tus pasos ni ser discípulos tuyos. Nacemos cada uno en la época que nos toca. A veces me gustaría cambiar ciertas cosas. Pero sé que es mi momento. El que tú quieres para mí. La vida soñada por ti. No hay caminos perfectos. No hay sueños sin mancha. El peligro es vivir esperando una vida perfecta que nunca llega. Me has dado el don de disfrutar el momento y el lugar. Me alegra. Sé echar raíces y florecer donde me pones. No quiero aburguesarme. No quiero vivir avejentado, acostumbrado, con todo controlado. A lo mejor yo soy así muchas veces. A lo mejor estoy feliz en mi zona de confort y no quiero cambios. No lo sé».* Así es mi oración ante el Belén. Ese Belén que evoca torpemente el milagro más grande. Ese Belén sencillo y pobre, sin paz, amurallado. Ese Belén humilde, lleno de preguntas e incertidumbres. Me gusta lo humano de su nacimiento. La pequeñez de su palacio. La finitud de su cuerpo herido desde la cuna. La pobreza de su cueva de animales. ¿Qué sueño al mirar su cuna? Sueño con un mundo más iluminado por su presencia. Con una paz que rompa todas las guerras. Con ese amor capaz de dar la vida en el silencio. Entregando los momentos, los días, los años, los deseos. Un amor no reconocido por los hombres. Oculto en medio de las sombras. Sueño con que ese amor de Jesús me haga capaz de amar. De sentir como Él sentía. Capaz de llorar y reír, de quedarme y partir. De estar siempre atento al dolor ajeno. Dispuesto. Alegre. Preparado para perder la vida. Sin seguros. Con preguntas. Queriendo siempre más. **Deseando no conformarme nunca con las metas logradas. Sí, sueño con seguir sus pasos. Cada día. Cada año.**

Hemos concluido un año santo, año de bendiciones. Miramos hacia atrás para agradecer. Ha sido un año de María en el Santuario. Por eso es tan bonito comenzar un nuevo año también mirando a María. El jubileo de nuestra familia de Schoenstatt nos ha llenado el corazón. Lo tenemos claro al acabar este año de gracias. No basta la autoeducación, no basta la voluntad para ser santos, para hacer vida la vida de Cristo, para vivir como vivió María. No basta la voluntad y el deseo de crecer. Necesitamos un lugar, un santuario, una tierra sagrada. Necesitamos vivir bajo la protección de María, allí donde Ella un día decidió poner su morada. Allí donde nos espera, desde donde sale a buscarnos. Una persona comentaba: *«Hemos vivido en Alemania una audiencia con María. Y en Roma una audiencia con el Papa».* Me gustó esa imagen sencilla. Una audiencia a los pies de María. Allí, en su tierra sagrada, escuchando, abrazando. Hemos vivido la confirmación de su amor hacia nosotros, de su anhelo, de su búsqueda. Que tiene que ver con nuestro deseo y nuestra búsqueda. Ella nos necesita como sus hijos. Nosotros la necesitamos como nuestra Madre. Tomamos este año de bendiciones en nuestras manos para agradecer por él. Son muchas vivencias, muchos recuerdos. Emociones. Cruces. Alegrías. Un año santo cargado de esperanza. Lo desenrollamos a los pies de María. El tiempo vivido con Dios es siempre sagrado. Me conmueve. A veces somos poco agradecidos con los regalos pequeños de Dios. La vida corre entre nuestras manos y no acabamos de agradecer, de meditar, de postgustar todo lo vivido. Corremos el peligro del hombre moderno, acostumbrado a pasar de una cosa a otra sin apenas hacer una pausa. Sin pensar. Sin ahondar. Es necesario detener nuestros pasos. Como lo hacía esta persona en su oración ante el Belén: *«Querido Jesús. Te miro en el Belén. Conmovido. Quiero meditar más, mirarte más, dejarme mirar por ti. Me gustan las lágrimas de los que lloran al mirarte. Me ayudan a quererte más. Que alguien en la tierra se conmueva por tu amor es para mí un abrazo de Dios, un abrazo tuyo. Te miro, conmovido, en Navidad. ¿Qué quieres que haga? Aquí me tienes. Te entrego mis renunciaciones. Me detengo. Callo y espero. Te lo doy todo. No tengo nada. Nada espero a veces. Sólo camino. Sólo guardo silencio. Tantos recuerdos, tantos sueños vividos. Te doy gracias. Siempre las mismas pisadas ya holladas otras veces. Las mismas caídas. Los mismos éxitos. Abrazo la vida vivida. Me sumerjo en el mar de tus misericordias. No espero nada. Doy gracias. Sonríe».* Así quisiéramos detenernos al comenzar un nuevo año, al acabar un año. Es bonito agradecer. Tantos momentos. Muchos ya olvidados. Si quisiera hacer una lista de lo más importante, ¿cómo sería? ¿Qué lugar ocuparían las personas a las que quiero? ¿Qué lugar el trabajo y el ocio? ¿Qué lugar el sacrificio y la fiesta? ¿Cuánto de cruz y cuánto de luz en este año? ¿Dónde está Dios en mi lista? ¿En qué momentos he aprendido a vivir? ¿En qué momentos me he sentido débil y pequeño? Miro mi lista de recuerdos. Incompleta. Se queda corta. Es bonito llenar una hoja en blanco de momentos. ¡Cuántos momentos importantes por mes! Jesús me ha acompañado cada día. A veces no veía sino sus huellas.

Otras no veía nada, tampoco sus huellas, pero Él sí estaba. Hay que detener un tiempo los pasos para meditar tranquilo. La memoria es frágil. Van quedando lejos los días de este año santo. Signado por el amor de Dios. Lo miro conmovido, alegre, agradecido. Miro a María, miro sus ojos. Tantas veces en la vida me quedo en lo que me falta, en lo que no tengo, en lo que no está tan bien. Surge antes la crítica que la alabanza. Me enfado antes de alegrarme. Veo todo gris antes de que haya atardecido. Sufro antes de sonreír si al final gano. Así es en la vida tantas veces. Me arrodillo ante el Belén de Jesús. Ante José y María. Voy desgranando los días de un año que muere. Surge la luz. Hay mucha esperanza en el año que se escapa. Me detengo ante María. Cien años de camino de alianza. **Un año como este de bendiciones, de renovación de nuestro sí, de nuestro amor. Me detengo ante Ella en su Santuario. Nada temo.**

Se cierra un año. Se abre un nuevo año. Dice una bendición celta: *«Que el camino salga a tu encuentro. Que el viento esté siempre detrás de ti y la lluvia caiga suave sobre tus campos, y hasta que nos volvamos a encontrar, que Dios te sostenga suavemente en la palma de su mano»*. Me parece bonito comenzar el año con esta bendición. El corazón abre un nuevo libro lleno de esperanza. Tantas páginas en blanco. ¿Qué espero? Quiero vivir de verdad. Enterrar la vida en tierra santa. Y es santa la tierra en la que habita Dios. En la que habito yo con Él. Nuevas preguntas y metas. Sueños y deseos. ¿Qué sueño? Sueño con aceptar mis límites, con reconocer mis errores, con alegrarme con los fracasos. Sueño con vivir de forma sencilla, desapegado de mis cosas, sin pretender imponer mis formas. Algunos soñarán hoy con perder peso, con hacer más deporte. Algunos sueñan con cuidar más a los suyos y dar menos importancia al trabajo. Con volar más alto y no conformarse con una vida mediocre. Con seguir haciendo lo mismo pero de forma distinta, con otra actitud. Porque, al fin y al cabo, nada nuevo hay bajo el sol, pero sí es necesario hacerlo todo nuevo con el amor de Dios. También hay aquellos que pretenderán este nuevo año cambiar ciertas manías. Algunos se afanarán por ponerse con más frecuencia delante de Jesús en oración. Otros querrán estudiar y trabajar más, amar de verdad. Son propósitos, buenos deseos. Dicen que si los cumples los primeros veintiún días del primer mes ya se convierten en un hábito todo el año. El que nada desea, nada logra. *«La medida del anhelo es la medida de la gracia»*. Decía el P. Kentenich. ¿Cómo es de grande nuestro anhelo? ¿Cuánto soñamos al comenzar un libro en blanco sobre el que podemos dejar escrita nuestra vida? Tengo que desear mucho al comenzar el año. Merece la pena. Dios nos necesita. María, con la que comenzamos tomados de la mano, necesita nuestro sí, nuestra entrega, nuestra alegría e inocencia. Comenta el Papa Francisco: *«María es la mamá que nos concede la salud para afrontar y superar los problemas, haciéndonos libres para tomar decisiones definitivas. Nos enseña a ser fecundos, a estar abiertos a la vida y a dar siempre frutos de bondad, de alegría, de esperanza. A no perder nunca la esperanza, a dar la vida a otros, vida física y espiritual»*. Me gusta mirar a María al comenzar todo de nuevo. Ella nos enseña a enfrentar los problemas, a tomar decisiones importantes, valorar la vida y entregarla con sencillez y humildad. Nos enseña a dar vida a otros. Es bonito pensar en su papel de Madre que nunca nos deja. Nos cuida y educa. Nos alienta y levanta. La miramos a Ella firme al pie de la cruz. Firme en el silencio de Nazaret, firme en Belén llenando nuestra vida con una montaña de ternura. Me gusta mirarla a Ella y descansar. Cuando nos pesa la vida y la cuesta de un año nuevo se vuelve empinada. La miro a Ella como un niño, confiando. Ella sólo espera nuestra disponibilidad para la lucha. Desea que estemos atentos para todo lo que vaya surgiendo en el corazón. Pero siempre desde nuestra realidad, desde lo que somos. Construyendo con nuestro barro. Tallando nuestra madera. Nos quiere imperfectos, no demasiado perfectos. Porque sólo Dios es perfecto. El otro día leía una frase sugerente del P. Kentenich: *« ¿Qué exigían los antiguos de su superior? Ellos decían que no tenía que ser demasiado sano, ni demasiado santo, ni demasiado sabio. Hay mucha sabiduría de vida en este axioma»*¹. Me gusta ver la vida así. Los padres demasiado buenos, demasiado santos, alejan a sus hijos y no les dejan soñar con algo así, porque lo ven inalcanzable. Que los hijos vean las debilidades de sus padres siempre es sano. Porque eso nos anima a pensar que también nosotros podemos. Los santos no fueron perfectos. Tuvieron sus carencias y esas carencias los hicieron humanos, próximos, accesibles. Por eso sueño con no ser nunca demasiado sano, ni demasiado santo, ni demasiado sabio. Tal vez el adverbio demasiado habla de exceso. **Y el exceso no suele ser tan bueno.**

Quisiera comenzar este año nuevo soñando con ser simplemente, sano, sabio y santo. Con llevar una vida sana en todos los aspectos. Sana en lo natural y en lo espiritual. Sana en mi forma de enfrentar la vida con sus problemas. Pensaba en lo sano que es experimentar la frustración. Pero, ¿cómo reaccionamos cuando las cosas no salen como queríamos? A veces nos enrabietamos, dejamos de valorar lo logrado, nos ofuscamos y no nos levantamos del suelo. Es triste ver lo inmaduros que somos muchas veces al reaccionar. Es sano enfadarse. Pero no es sano bloquearse y dejar de luchar al menor traspies. ¿Cómo enfrentamos los obstáculos y contrariedades que nos depara la vida? Una pérdida, un accidente, una avería, una enfermedad. Detienen nuestros pasos y nos ofuscamos. Perdemos la paz inmediatamente

¹ J. Kentenich, *Niños ante Dios*

y dejamos de estar alegres y confiados. Como si hubiéramos centrado nuestro camino en nuestras propias fuerzas y capacidades. Cuando nos fallan perdemos la ilusión. Es triste ver lo poco que avanzamos a veces. Y eso nos pasa porque nos falta sentido del humor. Decía Jorge Bucay: *«Tener la capacidad de reírse de uno mismo es casi condición necesaria para gozar de algunas de las extrañas y absurdas cosas que nos suceden. Es la señal de la madurez que siente el que no necesita ser correcto ni exitoso para estar seguro de sí mismo»*². Sanas son las personas que se ríen de sí mismas. Que aceptan las críticas sin hundirse. Que se toman la vida de forma relajada y no se complican ante la menor contrariedad. Son aquellos que viven sin excesos, aceptando las cosas con alegría. Son los que saben dar la vida sin pensar que están perdiendo algo. Son los que son sabios en lo cotidiano, maestros de la vida diaria. Los que valoran lo humano, toman en cuenta los distintos aspectos de la vida, miran a Dios buscando respuestas y hacen su voluntad sin miedo. **Definitivamente quiero vivir así. Quiero ser sano, santo y sabio. A secas, nunca demasiado.**

Este domingo Juan cuenta en el prólogo el misterio de su vida. Su asombro ante el milagro de Aquel a quien amó con todas sus fuerzas: *«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho»*. Aquel que cambió su vida y la sostiene: Jesús de Nazaret, su maestro. El que tocó y miró, el que oyó y junto al que durmió. Aquel que lloró en Getsemaní y en Betania. El que caminaba descalzo por los caminos. El que soñaba y rezaba de una forma como nunca había visto. El que sanaba, el hijo de María, el hombre de voz fuerte al que siguió un día en el lago al verlo pasar. Ese Jesús hombre era Dios. Es impresionante cómo Juan desborda el corazón en estas líneas. Se asombra. Estos días hemos contemplado el Belén, a Jesús, Dios, hecho niño frágil y necesitado. Nos hemos arrodillado ante este misterio silencioso de un Dios escondido y pequeño. Ante un Dios que duerme a nuestra altura. Juan no conoció a Jesús de niño. No se detuvo como los pastores sobrecogido ante aquella cueva de animales. Pero hoy nos cuenta, quizás desordenadamente, porque está hablando de lo que más ama, el secreto de su vida, el asombro ante un Dios que es luz y esperanza. Su admiración al darse cuenta de que Jesús era el Dios de su historia, el que cambiaba el sentido de las cosas. El Dios que creó las estrellas se hizo niño para dormir a su lado bajo ellas. El Dios que lo sabe todo, se planteaba preguntas y tenía dudas caminando como un peregrino. Ese Dios inmutable, Creador, temblaba ante el futuro incierto, y pedía ayuda al Padre. Ese Dios que es luz en medio de los hombres e ilumina el alma de todo el que busca una esperanza, compartió con él el claroscuro del camino. Tanteando, esperando, anhelando, con la esperanza y el miedo que lleva siempre el corazón humano. Ese Dios que todo lo puede, se abajó y pidió ayuda, indefenso. Se hizo débil al nacer, al crecer, en la cruz. Padeció la necesidad, tuvo hambre y sed, necesitó a sus amigos. En su debilidad nos mostró el camino a seguir. Se mostró impotente ante el sufrimiento de los que amaba. Juan caminó a su lado y comió con Él. Y el que lo llamaba por su nombre, necesítándolo, era su Dios. Juan palpó a Dios, y se dejó tocar por sus manos de carne, sanando sus heridas y su sed. Vio a Dios y se sintió mirado hasta lo más hondo por sus ojos humanos, llenos de ternura y perdón, comprensivos y risueños. Compartió sus sueños y sus miedos y Dios, algo sorprendente, los compartió con él. Parecía imposible. ¿Cómo no iba a contar lo que sentía al hablar de Dios, su pasión, su sorpresa? ¿Cómo no iba a dejarnos asomar a su misterio, al de Jesús y al de él mismo? Por eso escribe este prólogo, por eso comienza a contar lo que lleva en su corazón. Para contagiarnos, para enamorarnos. Lo importante para Juan no es contarnos que Jesús es Dios, sino que Dios nos amó tanto que vino a nosotros en su carne. Nos quiso con locura y puso su tienda entre nosotros. Y se dejó tocar y romper, partir y amar, abrazar y curar, atravesar por una lanza. Besar y mirar. Su mirada humana fue nuestra luz y su voz fuerte rompió el silencio de la historia. **Nuestro silencio esquivo y cobarde. Nuestro silencio falto de amor y comprensión.**

Este misterio de la vida de Juan lo recibió recostado en el corazón de Jesús en la última cena, descansando en su pecho. Oyó su latido, su ternura y su miedo, su amor, su preocupación por los suyos, por él mismo. Lo recibió en la cruz en los brazos de María cuando Jesús se la confió como a un hijo. Porque lo conocía. Juan miraba, acompañaba, guardaba silencio, contemplaba. Este verbo contemplar sale en su primera carta y en el prólogo que leemos hoy: *«Y la palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad»*. Juan 1, 1-18. Creo que estos días de Navidad son de contemplar, arrodillados, ese misterio que surge en el silencio. Juan contempló su gloria en el Tabor, contempló su humanidad, ese amor imposible que se hace posible. Contempló esa luz que crecía en su proximidad. Vio a Jesús, lo contempló. Ver el rostro de Dios, es lo que el hombre desde siempre ha buscado y deseado. Ese rostro de Dios sólo lo ha visto Jesús, el Hijo, y Él nos lo ha dado a conocer. Jesús nos muestra el rostro del Padre, lo hace visible. El misterio de Belén es el misterio de Dios hecho carne, para que podamos conocer el misterio. Mirar a Jesús

² Jorge Bucay, *20 pasos hacia delante*

es mirar a Dios. Su misericordia y su perdón, su sonrisa y su forma de bendecir y partir el pan, nos hablan de un Dios que sale a buscarnos. Nos hablan de un Dios que nos espera, que nos ama con locura, que está de nuestra parte. Que camina a nuestro lado y no abandona nunca nuestra senda. Juan pudo tocar a Dios. Se conmovió. Se arrodilló ante ese misterio. Muchas veces en mi vida he querido tocar a Dios y ver su rostro. Se lo he pedido. Tal vez no he sido capaz de verlo en los hombres, y he buscado una presencia distinta. Decía San Agustín: *«El que depende del rostro del Todopoderoso no teme el rostro de los poderosos de este mundo»*. A veces nos importa más el rostro de los hombres. Cómo nos miran. Qué esperan de nosotros. Si nos aceptan o no. Cuando dependemos más del rostro de Dios, somos más libres de otros rostros. Por eso me hubiera gustado ser Juan y poder un día reclinar mi cabeza en su costado. Me identifico con la oración que rezaba el Papa Francisco antes de ordenarse: *«Creo en María, mi Madre, que ama y nunca me dejará solo. Y espero en la sorpresa de cada día en que se manifestará el amor, la fuerza, la traición y el pecado, que me acompañarán siempre hasta ese encuentro definitivo con ese rostro maravilloso que no sé cómo es, que le escapo continuamente, pero quiero conocer y amar»*. Ese rostro maravilloso. Yo tampoco sé cómo es. Muchas veces lo evito y me escondo. Otras veces lo anhele. Queremos ver su rostro y luego huimos de su presencia. Queremos verlo como es y nos asusta seguir sus pasos. Tenemos a María. Ella no nos dejará solos. **Ella nos guardará y nos mostrará su rostro.**

Juan guardaba todo lo que le ocurría en el corazón, como hizo María. Desde ese primer día en que Juan el Bautista señaló a Jesús en el Jordán, lo siguió y nunca se separó de Él. Ahora que no está quiere contárselo a otros. Juan lo dejó todo por Cristo, un día. Pescó junto a Él, subió al Tabor y contempló en silencio, admirado, su luz. Escuchó sus palabras que calmaban su corazón y sus sueños. Estuvo en Getsemaní, sin poderse creer que el mundo no fuese capaz de aguantar tanto amor. Me imagino que en la pasión pensó más en María que en sí mismo. De alguna forma, sin decirlo, Jesús sabía que Juan no dejaría sola a su Madre. La acompañó, se preocupó de su dolor más que del suyo. Jesús había conocido su corazón, lo modeló por los caminos según el suyo. Juan miraba en silencio, amaba en silencio. Jesús amaba a Juan. Juan se sabía amado por Él. Y ese amor hasta el extremo nos lo cuenta hoy Juan. ¿Cuándo se dio cuenta de que Jesús era Dios? Son esos momentos de la vida en que todo encaja, y comprendemos las cosas. Quizás siempre lo supo, y un día lo vio claramente. Y comprendió a Jesús. ¿En qué momento se dio cuenta de que Jesús era el Hijo, como lo nombra aquí? ¿En qué momento descubrió la intimidad de Jesús? Quizás tardó toda su vida en ver con su luz. Él sólo sabía que lo amaba y que el amor de Jesús sostenía su vida. Tal vez no podía definir su rostro, explicar quién era. Hasta que un día lo vio y hoy nosotros lo escuchamos. Es un canto en el que Juan habla de su descubrimiento. Un día lo supo, y quiso contarlo. Juan habló poco, miró y amó mucho, y ahora lo escribe para otros. En estas líneas del prólogo, tan diferentes al resto de los Evangelios, Juan nos dice algo que es el misterio de su vida. ¡Cuántas veces desconocemos a la persona que vive con nosotros! No sabemos quién es, no la valoramos ni conocemos su secreto, no seríamos capaces de describir sus virtudes, ni explicar cuál es el nombre con el que Dios la llama cada día. Juan vivió muy cerca de Jesús. En el lago, después de la resurrección, fue quien dijo a Pedro: *« ¡Es el Señor! »*. Su mirada era muy pura, muy de niño. Él conoció el corazón de Jesús. Jesús se lo mostró en la última cena, y en su costado en la cruz. Por eso habla con ternura de Él, con admiración, contemplando ese misterio que se le escapa entre los dedos. Imagino que su mirada sobre Jesús, pura y limpia, le ayudó a mirar así a los hombres. Creo que suele ser siempre así. El Dios que vemos en nuestro corazón es el que acabamos viendo en los demás. Muchas veces pienso que las personas que sólo hablan mal de los demás, que sólo ven su pecado, es en gran parte porque no tienen tampoco una mirada pura sobre Jesús. Porque no conocen su rostro y por ello no le ven a Él nunca en los hombres. No se sienten amadas por Dios y no son capaces de amar a los hombres. Ven el mal que hacen, lo que deben cambiar, el error. Ven en ellos lo que les hace daño y molesta. No se alegran con la vida de los que Dios pone en su camino. Nuestra mirada sobre Dios determina nuestra mirada sobre los hombres. Suele ser así. **Ojalá tuviera yo siempre esa mirada de Juan, pura, transparente, de niño. Ojalá conservara siempre el alma de niño.**

Dios se hizo carne y puso su tienda entre nosotros: *«Y acampó entre nosotros. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz»*. Se hizo hombre, puso su tienda entre nosotros. Habla de todo lo nuestro, de lo más humano, de nuestra tierra, de nuestro barro frágil. Vivió con nosotros, compartiendo nuestra vida. No está de paso, se queda con nosotros. Dios con nosotros, a nuestro lado. Dios viene, se acerca, nos toca, se mete en nuestra vida por amor. Dios se hace hombre. Si yo tuviese que hacer un prólogo contando quién es para mí Jesús, ¿cómo empezaría? ¿Quién es para mí Jesús? ¿Qué ha sido en mi vida? ¿Qué palabras usaría para describir su presencia en mi camino? Hoy Juan nos cuenta con asombro su descubrimiento. Jesús es su luz. Cuenta quién es Jesús y nos cuenta cómo empezó para él ese camino. Su primer amor. Su momento. Con Juan el Bautista. Quiere recordar cómo empezó su seguimiento. Él era discípulo de Juan el Bautista. Es bonito que hable de él con

agradecimiento. Porque fue él quien señaló a Jesús en el Jordán, en medio de muchos hombres. Juan Bautista se retiró para que sus propios discípulos siguiesen a Jesús. Juan se fió de Juan Bautista. No lo dudó. Fue la voz que le llevó a la palabra. La persona que preparó su corazón, que lo hizo anhelar la verdad. El hombre humilde que nunca se puso a sí mismo como Salvador. En estas líneas Juan el apóstol lo nombra con admiración. Sin él nunca hubiera llegado a Jesús. ¿Quién es para mí esa persona que me señaló a Jesús? Seguro que algún Juan Bautista en nuestra vida nos ha hablado de Dios, nos ha acercado a su presencia. Juan, el discípulo amado, se quedó con Jesús, mientras que Juan el Bautista se retiró a la soledad. Se hizo pequeño por Jesús. Era testigo de la luz. No era la luz. Como todos nosotros. Sólo somos testigos. Pero hacen falta los testigos que señalen la luz. Sin él Juan no hubiese sido discípulo de Jesús. Le dio una lección de humildad. Tanto se fiaba que se fue detrás de Jesús sin dudarlo. ¿Qué buscáis? Le preguntó la primera vez. Eso que Juan buscaba desde siempre es lo que cuenta en el prólogo. Lo ha encontrado. La luz verdadera. **¿Qué busco yo? ¿Qué anhelo, qué sueño con todas mis fuerzas? Si Jesús me mirase como a Juan, ¿qué le diría?**

Juan nos habla de Jesús. Es la luz que viene a la oscuridad, es la palabra que viene al silencio, es la vida que viene a salvarnos: *«La Palabra era la luz verdadera, que alumbró a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre»*. Dios viene, Dios llega, trae su luz. Dios se despoja de su poder, se hace carne. Llega a un portal humilde y siembra una luz de esperanza. No hay mayor amor. Viene la luz y el mundo no la recibe. Siempre me impresiona esta afirmación. Vino a nuestra casa y no le abrimos. Me conmueve. Fue la luz y optamos por las tinieblas. Este nuevo año ha sido declarado año de la luz. La luz es fundamental para la vida. No podemos vivir en tinieblas. No nos gusta la oscuridad. Sin embargo, muchas veces vivimos sin luz. Hoy se nos dice que Jesús es la luz. Pero que el hombre prefirió la tiniebla. Es fuerte la afirmación. Y tenemos que reconocer que muchas veces es verdad en nuestra propia vida. Nos produce inseguridad esa luz de Dios que nos muestra nuestra verdad. Por eso dice el Papa Francisco: *«Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz, pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera»*. Muchas veces nos gustan más las tinieblas, porque nos permiten ocultar nuestro pecado, lo que nos divide por dentro. Nuestra miseria en la oscuridad pasa desapercibida, a la luz de Dios no puede ocultarse. Por eso buscamos la comodidad de nuestra cueva, cuando Dios viene a liberarnos de esas tinieblas. Por eso nos asusta tanto su luz. ¿Estoy dispuesto a vivir en su luz, en su verdad? Esa actitud nos hace libres y nos pone en las manos de Dios. Nos libera para seguir sus pasos, sin buscar la comodidad de nuestro hogar acomodado. El P. Kentenich decía: *«Si Dios nos quitase transitoriamente el hogar, el cálido nido al que estamos acostumbrados; si Él quisiera asemejarnos así a su Hijo, quien dijo una vez de sí mismo: - Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza, vale decir que durante toda su vida no contó con una casa agradable, segura, burguesamente amoblada. ¡Estamos dispuestos! Y con tanto mayor razón esperamos entonces habitar con Jesús la morada definitiva, la que nadie nos podrá arrebatar: - La voluntad amorosa, o mejor dicho, el corazón del Padre y de María»*.³ Vivir en la luz es aprender a vivir siguiendo la luz de sus pasos. En la inseguridad de sus pisadas. En el claroscuro de la vida. Le quiero pedir a Jesús que me enseñe a ser hijo, a ser obediente, a ser dócil, como Él lo fue. Como rezaba una persona: *«Me gustaría poder servirte más y mejor de lo que lo hago, aceptar siempre de buena gana. Me gustaría ser esa luz que ilumine a muchos»*. Vivir en la luz de Dios significa ser luz para los hombres. Es el camino. Es lo que deseamos. **¿Cuánta luz hay en nuestra vida? ¿Prevalece la oscuridad? Ojalá sembremos luz allí donde vayamos.**

³ J. Kentenich, *Epístola perlonga*